

raíz se forman también términos que denotan la idea de ‘confiar’ (*amina*), ‘confianza’ (*amāna*), ‘seguridad’ (*amana*), ‘digno de confianza’ (*amīn*), etc. Es decir, la idea de creer o tener fe y la idea de confiar están estrechamente relacionadas. Y no sólo en el Corán, pues si miramos el Evangelio vemos que la palabra original que después fue traducida como ‘fe’ corresponde al término griego *‘pistis’*, y los diccionarios de griego traducen esta palabra como ‘confianza’, ‘certeza’, ‘convicción’, ‘fe’, ‘seguridad’, ‘confiar en otros’, ‘tener confianza en alguien’, etc. Cuando el Nuevo Testamento griego fue traducido al latín, *‘fides’* fue el término latín escogido para traducir *‘pistis’*, ya que *‘fides’* significa ‘confianza, certeza, seguridad, creencia’. Y si miramos a la Torá vemos también que el término hebreo original es *‘emuná’*, que evoca igualmente la idea de ‘confianza’.

Sin embargo, esta idea de creer en el sentido de confiar que vemos en los textos sagrados difiere bastante de la definición moderna de creencia que se encuentra muy a menudo. Si *pistis*, *emuná* o *āmana* significan o implican la idea de ‘confianza’, debemos preguntarnos porque esta noción ha sido excluida de la definición que a menudo se hace del término ‘fe’, que ha llegado a ser definido como ‘firme creencia en algo de lo que no se tiene prueba’. Es decir, la definición moderna de fe excluye totalmente la idea de confiar, y se focaliza solo en el hecho de no tener prueba de aquello en lo que se cree. La dimensión humana de la creencia como confianza queda así suprimida, y la creencia se convierte en algo vacío que depende únicamente de tener o no una prueba. Por ello muchas personas hoy en día piensan que la fe consiste sólo en creer en cosas de lo que no se tiene prueba, y de ahí a etiquetar los textos sagrados de irracionales hay un paso.

La idea de confiar en la veracidad de los mensajeros tiene su fundamento en la alta calidad humana de los mismos. El profeta Muhammad, por ejemplo, cuando todavía no había recibido la revelación del Corán era conocido en la Meca como el *amīn*, que significa ‘el digno de confianza’, ya que todos confiaban en él para depositar

en sus manos las mercancías que luego vendía en sus largos viajes cuando todavía era comerciante. Esta confianza fue básica en la aceptación del Corán, pues, los pueblos, por lógica natural, dan credibilidad a lo que alguien les dice, no sobre la base de que la noticia les satisfaga o les guste, sino sobre la base del prestigio del emisario. Sin embargo, cuando llegó la revelación, algunos habitantes de la Meca, pocos al principio, creyeron-confiaron en ella, mientras que otros la rechazaron a pesar del gran prestigio de hombre digno de confianza que tenía el emisario. Cuenta la historia que un día, cuando hacía poco que había recibido las primeras revelaciones, el Profeta reunió a todos los que pudo de su pueblo y les dijo: “¿Si os informara de que un enemigo está a punto de atacaros desde detrás de la colina, me creeríais?”. Respondieron: “Sí, te creeríamos”. Entonces dijo: “¡Pues, he aquí que os advierto de la llegada de la Última Hora! (el Juicio)”. Al oír esto, *Abu Lahab*, uno de los adversarios más reacios al Profeta y que lideraba la oposición a la Revelación dijo: “¿Para esto nos has hecho venir? ¡Muérete!”<sup>80</sup>. Cabe preguntarse, entonces, qué lleva a semejante acto de desconfianza, y el mito de Platón, como también el Corán, aportan luz para entenderlo.

### El rechazo de los prisioneros o la actitud desvalorizadora

Platón explica que los prisioneros de la caverna se burlarían e incluso podrían matar a quien intentase mostrarles la irrealdad de las sombras y desatarlos para iniciar la ascensión al mundo real. Alegóricamente retrata así la condición del ser humano negador que rechaza toda invitación a la búsqueda de la verdad, toda llamada a despertar del sueño de desatención, y prefiere en cambio la comodidad de la vida del mundo. En el Corán encontramos el mismo arquetipo en centenares de aleyas, en las que aparecen términos contruados a partir de la raíz *k d b*, que denota los conceptos de ‘desmentir’, ‘considerar falso’, ‘no creer’, ‘tratar de impostor’ etc. Por ejemplo:



«Ha venido a ellos un Enviado salido de ellos, pero le han desmentido y el castigo les ha sorprendido en su impiedad»<sup>81</sup>.

«Luego, mandamos a Nuestros enviados, uno tras otro. Siempre que venía un enviado a su comunidad, le desmentían»<sup>82</sup>.

Se trata del arquetipo del mensajero salido de entre la gente del pueblo al cual se dirige y que es desmentido, igual que lo era el prisionero que se liberaba de la caverna y luego volvía para avisar al resto. Buena parte del Corán describe así el rechazo que han sufrido los profetas por parte de sus coetáneos, rechazo que ha sido una constante invariable en toda la historia profética de la humanidad. Y una de las formas que tomaba esta actitud era también, como en el mito de Platón, la burla:

«No vino a ellos enviado que no se burlaran de él»<sup>83</sup>.

El mito de Platón da a entender que uno de los motivos de no abandonar el mundo de sombras es que, si los habitantes de la caverna admiten que el advertidor tiene razón y que existe un mundo real más allá de la oscuridad, deben reconocer también que su ciencia ha versado tan sólo sobre sombras, y por tanto pierden todo el prestigio, poder y honores. El orgullo y la sujeción a las pasiones les llevan a rechazar cualquier cambio que les impida seguir disfrutando de unos privilegios que han ganado a costa de destinar sus capacidades a una ciencia efímera. Renunciar a la vida anterior es un sacrificio que pocos están dispuestos a hacer. El orgullo y el miedo a perder las cosas materiales se convierten así en un fuerte obstáculo en el camino hacia la sabiduría. Vemos esta situación por ejemplo en el episodio histórico contado más arriba, según el cual *Abu Lahab*, el adversario más hostil al profeta Muhammad, rechazó su mensaje, pues según cuenta la tradición este personaje contaba entre los más ricos y poderosos de la Meca



y estaba dominado por el orgullo y la ceguera espiritual; y, precisamente, la raíz lingüística del nombre '*lahab*' denota la noción de 'ignorancia'.

Cabe apuntar aquí una de las diferencias entre la última revelación o mensaje profético y las revelaciones anteriores: la *sunna* de Muhammad acepta todos los rasgos de carácter, incluso los considerados censurables, pero los reorienta hacia su función auténtica. En nuestro mito, el prisionero orgulloso que rechaza al mensajero posee unas capacidades que le han llevado a triunfar en la ciencia efímera de las sombras; estas capacidades son reales en sí mismas porque tienen su origen en los atributos divinos, como cualquier don o capacidad humana, pero es el uso parcial que de ellas hace lo que las convierte en censurables. Y sólo pueden transmutarse realmente e utilizar en la dirección correcta cuando se contempla su fundamento divino.

Platón, en su obra *La República*, dice que la capacidad de adquirir conocimiento ya está en el alma, y se hace útil o inútil en función de la dirección en la que mire, pero la capacidad es la misma, pues incluso los hombres conocidos como malos pero inteligentes actúan sagazmente pero en la dirección equivocada; y por tanto, la esencia de la educación consiste en reorientar el alma desde la dirección equivocada en la que mira hacia la dirección correcta<sup>84</sup>. Ibn 'Arabī explica esta función reorientadora de la misión profética con las siguientes palabras:

«Ha dicho el Profeta: "He sido enviado para perfeccionar los nobles caracteres (*mākarim al-ajlāq*)". Así pues, aunque no sea consciente de ello, quien se conforma a las nobles cualidades sigue una ley de su Señor [...]. Perfeccionar los nobles caracteres consiste en despojarlos de cuanto ocasionalmente pudiera envilecerlos, pues los caracteres sólo son viles por accidente, siendo nobles por esencia»<sup>85</sup>.



La actitud de rechazo de los prisioneros consiste así en un arquetipo que vemos expresado también en muchas aleyas del Corán, donde aparece asociada a la idea de comportarse con orgullo, soberbia o altivez:

«Dimos a Moisés la Escritura y mandamos enviados después de él. Dimos a Jesús, hijo de María, las pruebas claras y le fortalecimos con el Espíritu Santo. ¿Es que tenías que mostraros altivos siempre que venía a vosotros un enviado con algo que no deseabais? A unos les desmentisteis, a otros les disteis muerte»<sup>86</sup>.

Y también eran los dignatarios, las personas más notables, poderosas y ricas de la comunidad las que incitaban y lideraban aquel rechazo:

«Enviamos Noé a su pueblo. Dijo: “¡Pueblo! ¡Servid a Dios! No tenéis a ningún otro dios que a Él. Temo por vosotros el castigo de un día terrible”. Los dignatarios de su pueblo dijeron: “Sí, vemos que estás evidentemente extraviado”»<sup>87</sup>.

Y este orgullo iba asociado a la no creencia en la otra vida:

«Vuestro Dios es un Dios Uno. Los corazones de quienes, altivos, no creen en la otra vida Le niegan»<sup>88</sup>.

También se puede hacer una lectura microcósmica de esta actitud desmentidora situándola en el interior del ser humano, pues es la parte del alma que se considera importante y que depende del *status* o posición dentro de la sociedad la que le cuesta más aceptar que existe una voluntad superior a la que, quiera o no, está supeditada, pues según el Corán todos los seres se prosternan ante Dios:

«Lo que está en los cielos y en la tierra se prosterna ante Dios: todo animal y los ángeles. Y éstos sin altivez»<sup>89</sup>.



Si analizamos el mito de la caída del alma del estado paradisiaco al mundo terrenal, vemos que la razón de que el demonio (*šaiṭān*) fuese expulsado del paraíso fue que no quiso prosternarse ante Adán cuando Dios se lo ordenó, acción que sí hicieron el resto de ángeles. Los autores sufíes explican que esta negación se debe a que el demonio no veía la parte interior y divina de Adán y sólo veía su parte exterior, hecha de barro. El orgullo, según se deduce del mito, se asocia a la incapacidad para ver las raíces teomórficas del ser humano y del mundo, y su superación en llegar a ver el mundo como manifestación o teofanía divina. La función auténtica del intelecto consiste así en buscar y conocer dichas raíces, mientras que su uso erróneo consiste en estudiar el mundo de los fenómenos desvinculándolo totalmente de la acción divina, es decir, en estudiar la contingencia desde la propia contingencia. Esta falta de perspectiva lleva así de forma inconsciente a divinizar lo creado, es decir, a atribuir el poder creador a lo que por sí mismo no lo tiene; lleva por tanto a crear ídolos o ‘falsos dioses’. Y según el mito de la caída esta fue la razón por la cual Adán y Eva fueron expulsados del paraíso. Hacer el camino de retorno consistirá así en remontar el conocimiento desde el mundo múltiple de los fenómenos hacia el de la unidad y unicidad, proceso que se conoce con el nombre de *ṭawhīd*.

Dice Rumi que dentro del ser humano existen dos inteligencias: una que busca la verdad y se alegra cuando la reconoce, y otra que va en su contra, duda, critica y utiliza la ironía. Esta segunda, la inteligencia negativa, es la propia de los prisioneros del mundo fenoménico que niegan al enviado y su mensaje de Unidad. Y según el Corán, en la base de tal actitud está siempre la idolatría, es decir, la creencia en falsos dioses en lugar del Dios Único:

«Cuando se les decía: “¡No hay más dios que Dios!”, se mostraban altivos, y decían: “¿Vamos a dejar a nuestros dioses por un poeta poseso?”»<sup>90</sup>.



«Se asombran de que uno salido de ellos haya venido a advertirlos. Y dicen los infieles: “¡Éste es un mago mentiroso! ¿Quiere reducir los dioses a un Dios Uno? ¡Es algo, ciertamente, asombroso!”. Sus dignatarios se fueron: “¡Id y manteneos fieles a vuestros dioses! ¡Esto es algo deseable!”»<sup>91</sup>.

Reducir los dioses al Único Dios significa aceptar la Unicidad divina, que en terminología sufí corresponde al término *wāḥidiyya* (Unicidad). Dios es así *al-Wāḥid*, el Uno-Único. La Unicidad es, sin embargo, distinta de la Unidad (*aḥadiyya*), pues ésta se refiere a Dios en sentido absoluto, como Unidad absoluta, más allá de cualquier manifestación concreta. Dios es así *al-Aḥad* (Uno), y así es como se describe en la sura ciento doce del Corán, considerada como la sura en que Dios se describe a sí mismo. La Unicidad (*wāḥidiyya*), por tanto, es el estadio en que Dios en tanto que Absoluto se manifiesta en base a los distintos nombres divinos. Esa multiplicidad puede dar lugar a la confusión propia del politeísmo, en no ver el fundamento divino único, y por ello el Corán se refiere a Dios como *al-Wāḥid* siempre que alude a distintas situaciones que pueden dar lugar a dicha confusión.

Esta actitud de rechazo se debe a la ausencia de luz. La oscuridad de la caverna simboliza la oscuridad del alma, que, sumida en la ignorancia, no puede ver su propia situación ni detectar el nivel espiritual superior del mensajero que le relata los signos divinos. El Corán destaca así la importancia de adquirir luz para salir de las tinieblas:

«El que estaba muerto y que luego hemos resucitado dándole una luz con la cual anda entre la gente, ¿es igual que el que está entre tinieblas sin poder salir? De este modo han sido engalanadas las obras de los infieles»<sup>92</sup>.

El mensajero que ha hecho la ascensión y ha retornado al fondo de la caverna se encuentra, por tanto, en una posición desde



la que puede ver la situación de los prisioneros, pero éstos no pueden ver la de él.

Seducidos por el engaño de la vida efímera, los velados-incrédulos reducían los mensajeros a simples hombres mortales que se habían inventado una mentira, cuestionando su función profética, o bien quitaban valor a su mensaje reduciéndolo a simples leyendas antiguas. Y a menudo, una vez más, eran los poderosos de la comunidad los que lideraban esta postura:

«Los dignatarios de su pueblo, que no creían dijeron: “No vemos en ti más que un mortal como nosotros y no vemos que nadie te siga sino la hez de nuestro pueblo, que lo hace irreflexivamente. Ni vemos que gocéis de ningún privilegio sobre nosotros. Antes bien, creemos que mentís”»<sup>93</sup>.

«Dicen: “Cuando muramos y seamos tierra y huesos, ¿se nos resucitará acaso? Ya antes se nos había prometido esto a nosotros y a nuestros padres. No son más que patrañas de los antiguos”»<sup>94</sup>.

No reconocer el enviado conducía a la negación. Rumi explica una divertida historia donde vemos el mismo arquetipo:

«Había un frutero que tenía un loro verde que hablaba con dulce voz. Posado sobre un banco, vigilaba la tienda y charlaba exquisitamente con los compradores. Al dirigirse a los seres humanos, se expresaba como ellos y también era experto en el canto de los loros. Una vez salió volando del banco y tiró la botella de aceite de rosas. Su amo llegó de su casa y se sentó a descansar, como hacen los mercaderes. Entonces vio que el banco estaba lleno de aceite y sus ropas grasientas; le dio un golpe en la cabeza al loro, que se quedó calvo. Durante unos días se negó a hablar; el frutero, arrepentido, suspiraba profundamente, se tiraba de la barba y decía: “¡Ay! El sol de mi



prosperidad se ha escondido tras las nubes. Más valiera que se me hubiera roto la mano. ¿Cómo pude pegar al de tan dulce lengua?”. Daba regalos a todos los derviches para recuperar la voz de su loro. Después de tres días y tres noches, se sentó en el banco, turbado y triste, como un hombre desesperado, mostrándole al ave toda suerte de maravillas esperando que empezara a hablar. Mientras tanto, pasó por allí un derviche calvo, vestido con un manto de lana, con la cabeza tan monda como el exterior de un cuenco. Entonces el loro comenzó a hablar, le gritó al derviche y dijo: “¡Eh, hombre! ¿Cómo te mezclaste con los calvos, oh pelón? ¿Tiraste aceite de una botella?”. La gente se rió ante la deducción del loro, pues pensaba que el del manto era como él. No midas los actos de los hombres santos por tu rasero, aunque *sher* (león) y *shir* (leche) se escriban parecido. Todo el mundo se equivoca en este tema; casi nadie conoce a los *Abdal* (los santos más próximos en rango al *Qutb*, que es la cabeza de la jerarquía espiritual) de Dios. Se creen iguales que los profetas y suponen que los santos son como ellos mismos. “Mirad”, dicen, “somos hombres, ellos son hombres y ambos estamos sometidos a la esclavitud del sueño y la comida”. En su ceguera no perciben que existe una diferencia infinita»<sup>95</sup>.

Esta actitud de los prisioneros les permitía seguir disfrutando de una vida de apariencia basada en placeres efímeros. El Corán desvela que otro de los motivos de esta actitud de rechazo es la incapacidad para ver el adorno del mundo:

«La vida de acá ha sido engalanada a los ojos de los infieles, que se burlan de los que creen»<sup>96</sup>.

Esta negación se debe, por tanto, a que la orientación del alma inferior (*nafs*) es este mundo. La sensualidad o sujeción a las pasiones estaba en el origen de aquel orgullo que llevaba a la negación.



Diversas aleyas muestran dicha actitud, por ejemplo cuando algunos de los antiguos hijos de Israel negaban a los enviados porque traían mensajes que no les gustaban, independientemente de que fueran verdad o no:

«Concertamos un pacto con los Hijos de Israel y les mandamos enviados. Siempre que un enviado venía a ellos con algo que no era de su gusto, le desmentían o le daban muerte»<sup>97</sup>.

Y en otra aleya se ve claramente esta sujeción:

«Si ven un signo, se apartan y dicen: “¡Es una magia continua!”. Desmienten y siguen sus pasiones. Pero todo está decretado»<sup>98</sup>.

Vemos por tanto relacionadas la idea del mundo como distracción y la actitud de rechazo. Y aquello que se rechaza no es en realidad el mensajero, sino los signos divinos, como aclara una aleya dirigida al Profeta:

«La vida de acá no es sino juego y distracción. Sí, la Morada Postrera es mejor para quienes temen a Dios. ¿Es que no razonáis...? Bien sabemos que lo que dicen te entristece. No es a ti a quien desmienten, sino que, más bien, lo que los impíos rechazan son los signos de Dios. También fueron desmentidos antes de ti otros enviados»<sup>99</sup>.

Aceptar los signos implica aceptar también el fundamento divino del mundo y los distintos artículos de fe, lo que necesariamente implica una reorientación de la actitud vital profunda. Por ello el rechazo es según el Corán la máxima injusticia que se puede cometer, pues confina el alma al encarcelamiento en la ilusión y la hace susceptible de caer en la idolatría:



«¿Hay alguien que sea más impío que quien inventa una mentira contra Dios o niega Sus signos? Ésos tendrán la suerte a que han sido destinados. Cuando, al fin, Nuestros enviados vengan a ellos para llamarles, dirán: “¿Dónde está lo que invocabais en lugar de invocar a Dios?”. Ellos dirán: “¡Nos han abandonado!”. Entonces, atestiguarán contra sí mismos su incredulidad»<sup>100</sup>.

La injusticia es por tanto contra uno mismo, como dicen las siguientes aleyas:

«Dios no es nada injusto con los hombres, sino que son los hombres los injustos consigo mismos»<sup>101</sup>.

«Se burlaron de otros enviados que te precedieron, pero los que se burlaban se vieron cercados por aquello de que se burlaban»<sup>102</sup>.

Rumi habla también de esta dependencia a la sensualidad como obstáculo que impide aceptar los mensajes revelados. Por ejemplo, explica la historia del pueblo de la reina de Saba, que acusó a los profetas de querer sacarlos de su estado de feliz despreocupación:

«El pueblo dijo: “Aunque os deis buena suerte a vosotros mismos, para nosotros sois nefastos y opuestos y os rechazamos. Nuestras almas estaban libres de preocupaciones y nos habéis arrojado al pesar y los problemas. A causa de vuestro mal presagio, la deliciosa concordia y el acuerdo que existía (entre nosotros) se han transformado en cien separaciones. (Antes) éramos loros comiendo azúcar de postre; por vuestra culpa, como pájaros que meditan sobre la muerte. Cualquier cuento que entristezca, cualquier rumor odioso, cualquier infausto augurio, transformación monstruosa, terrible castigo y lugar



de tortura, todos están contenidos en vuestra parábola y vuestro mal auguro: tenéis ansia de causar dolor»<sup>103</sup>.

Rumi continúa explicando cómo los profetas les respondieron con diversas parábolas:

«Los profetas dijeron: “El mal presagio se apoya en vuestras almas. Si estás durmiendo en un sitio peligroso y se te acerca un dragón y una persona amable te lo indica diciendo: ‘Salta de prisa o te devorará el dragón’, si dices: ‘¿Por qué pronuncias malos augurios?’. (Responderá:) ‘¿Qué augurio? Levántate y mira a la luz del día. Yo mismo te salvaré del infausto auspicio y te llevaré a casa’”. Ésa es una persona que te cuenta lo que está oculto, como el profeta que ha visto lo que es invisible para la gente de este mundo. Si un médico te dice: “No comas uvas verdes, pues te enfermarán y causarán problemas”. Y tú contestas: “¿Por qué haces tan nefasto presagio?”, estás echando la culpa a tu veraz consejero. [...] Oh tú que no atiendes las admoniciones de los que te advierten, el funesto auspicio está contigo donde quiera que vayas. Una víbora corre por tu espalda: (el que previene) la ve desde un tejado y te avisa; le contestas: “¡Calla! No me molestes”. Él replica: “¡Sé feliz! En verdad las palabras han sido dichas”. Cuando el áspid lance su boca a tu cuello, todo tu deseo de felicidad quedará amargado. Entonces le dirás: “Oh Fulano, ¿era eso todo (el aviso que me das)? ¿Por qué no te arrancaste la camisa gritando, o me tiraste piedras desde arriba para que la terrible calamidad y el infortunio fueran evidentes (para mí)?”. Añadirá: “(Me contuve) porque te incordiaba”. Dirás (con ironía): “¡Pues sí que me has hecho feliz!”. Él continuará: “Te ofrecía consejo generosamente, para librarte de esta esclavitud estéril. Por tu vileza no reconociste obligación alguna (a cambio de esa generosidad): la convertiste en fuente de injurias e insolencia”. Tal



es la naturaleza de lo villanos innobles: responden con mal-  
dad a quienes les hacen el bien»<sup>104</sup>.

Vemos así que uno de los aspectos que adquiere esta actitud de negación, fruto del orgullo y de la sensualidad, es el rechazo a toda posibilidad de un sentido trascendente del mundo. Hoy en día asistimos a esta tendencia en el discurso imperante de la ciencia, no de toda la ciencia, sino de aquella que haciendo un uso erróneo de la razón ha derivado hacia el denominado 'cientificismo'. Según la cosmovisión sufí, la creación del mundo y del ser humano tiene como sentido último el conocimiento divino. En una aleya coránica Dios dice de sí mismo:

«No he creado a los genios y a los hombres sino para que me sirvan»<sup>105</sup>.

Y según un hadiz ya comentado Dios era un tesoro oculto y amó ser conocido, y por ello creó el mundo, para ser conocido. El científicismo, sin embargo, basándose en un racionalismo materialista extremo, niega esta finalidad así como cualquier dimensión espiritual del mundo. En el siguiente apartado se propone un análisis de la postura científicista y de su uso parcial de la razón. Se abordará también el concepto filosófico de causalidad desde la perspectiva sufí y platónica y se contrastará con la perspectiva científicista.



## CAPÍTULO II

# CIENCIA Y FE A LA LUZ DEL PLATONISMO Y DEL SUFISMO

### El racionalismo materialista del *cientificismo*

El mito de la caverna, como se ha visto, pone de manifiesto que la ausencia de una orientación trascendente puede conducir a esforzarse y hacer uso de las propias capacidades en actividades carentes de valor. Una de estas capacidades, la inteligencia, es según Platón y los autores sufíes un magnífico instrumento que puede ser utilizado en favor de la verdad, para hacerla brillar por encima de la falsedad, o bien en su contra, ocultando dicha verdad tras una ficción disfrazada de verdad. Una de las principales funciones de la inteligencia, por tanto, es distinguir entre lo real y lo ilusorio. Así, sólo un intelecto sano (*al-'aql al-salīm*) puede realizar su función auténtica, que es la de buscar y conocer la Verdad, que en el sufismo se identifica con las verdades reveladas, es decir, en conocer a Dios y el fundamento divino de la existencia. Pero si el intelecto está ofuscado por las pasiones, por el alma compulsiva (*nafs*), entonces se convierte en un velo que esconde esta misma realidad. Por ello en el Corán encontramos muchas aleyas que equiparán a los que están 'descarriados' (ya que no les ha llegado o no han querido seguir la

